

Los argentinos sabíamos, y sabemos, de nuestras aptitudes y nuestra potencialidad, claro que fallamos en las decisiones. El presidente Onganía no admitía que el poder no emanaba de él mismo, sino que le había sido conferido por las FF.AA. quienes en un acto de fuerza decidieron que el ciclo del gobierno civil había terminado.

No había comprendido todavía que el pueblo había luchado por elegir sus representantes, que lo que no quería era la democracia condicionada, pero que tampoco se había expresado por la autocracia. Esta se la habían impuesto. El pueblo quería elegir libremente, nada más ni nada menos. Los argentinos se habían enterado, por los medios de comunicación, que un grupo reducido de militares aprovechando que se vivía una democracia con condicionamientos y proscripciones nos impusieron una dictadura que ellos mismos autocalificaron de revolucionaria. La soberanía popular la habían reemplazado por su voluntad.

AQUÍ MANDO YO

Onganía pretendió que a partir de la asunción de la presidencia, las FF.AA. quedaban definitivamente condicionadas a sus decisiones. La monotonía aquella de que "la revolución no tiene plazos, sino objetivos" llevaba ya a que no pocos argentinos comenzaron a mirar de reojo y con desconfianza los actos de gobierno. Porque, se preguntaban, ¿quién define los objetivos y los cómo para alcanzarlos? ¿Es el presidente quien decide si los objetivos se han cumplido? ¿El propio presidente? ¿O la Junta de Comandantes? La respuesta parecería obvia. El presidente no podía fijar los objetivos y decidir al mismo tiempo si ya estaban o no cumplidos. Además la Constitución Nacional, por decisión exclusiva de las FF.AA., había pasado a un segundo plano. Los argentinos nos regíamos por un estatuto elaborado por un puñado de "iluminados y patrióticos compatriotas".

Onganía había obviado el gran detalle de que los tres comandantes en jefe eran sus grandes y exclusivos electores. En ellos tres estaban "representados" todos los votos.

Había -y hay- en la Argentina, una realidad agobiante, la incapacidad de programas a mediano y largo plazo. Las crisis lo envolvían todo. Onganía, utilizando esta realidad dramática, pensaba que su gobierno debía tener por sobre todas las cosas perdurabilidad. ¿Los nuevos plazos políticos que pretendía Onganía podrían realmente ser cumplidos? La crisis que acababa de sufrir su gobierno debió ser un alerta que seguramente no contabilizó. Además debió haber observado que la situación social argentina en nada había variado, si no se tonto en cuenta la mayor represión a los sectores sociales.

Eran precisamente los sectores sociales quienes se alzaban contra el gobierno de Onganía, y uno de sus funcionarios, San Sebastián pretendía ser un nexo entre el poder y el sindicalismo. Por supuesto, no estaba solo San Sebastián quien responde a Onganía. En el gabinete había una mezcla incompresible. Liberales como Krieger Vasena o Lanusse, de "derecha nacionalista" como Nicanor Costa Méndez, de ultraderecha como Gelly y Obes quien tenía a su cargo un área tan susceptible como Educación, o simplemente apolíticas como Guillermo Borda. A estos podríamos sumarles, por ejemplo, a Pedro Real en el Banco Central quien en nada se parecía en sus ideas a Raúl Puigbó en Asistencia de la Comunidad.

LUZ Y FUERZA EN LA VIDRIERA

La proximidad de la renovación del convenio de Luz y Fuerza, que muchos tomaban como indicativo para regir a otros gremios aparecía en el horizonte como la primera prueba para Krieger Vasena quien tenía una posición rígida en materia salarial... "Primera Plana", en su N° 211, comentaba: "millares de ojos están atentos a lo que pase en Luz y Fuerza. Nadie puede pronosticar con seguridad si el ministro -quien esta semana se entrevista con los directivos de la CGT- cederá o librará, ya de entrada, su primera batalla con los sindicatos... tal vez el conflicto se